

*Luego se fue lloviendo lentamente,
una canción, un verso, un llanto antiguo
moldearon la muerte a su figura.
Al fin y al cabo nos convence y mira
tan a los ojos que acabamos por
asemejarnos a la propia muerte.
Las piedras aprendieron a escuchar
y perduró lo frágil con su vuelo.
La noticia, ya cierta, fue una cita
y el abrigo por fin le quedó justo.*

Leopoldo de Luis

Homenaje a F. G. L. en el ochenta aniversario de su nacimiento

*Es Gala quien presenta el homenaje;
palabra de navaja
barbera
—amansada con tiento
en sedas afectuosas—.*

Federico,

*sonriente y un poco
tímido —con los años
se le hizo submarina la alegría—,
asiste
benevolente al acto,
por su frente
pasan cuadros nocturnos,
en orlas de brillantes bambalinas,
que las cálidas frases
de Antonio Gala mueven
con taumatúrgica destreza.*

Hay

*un silencio de muerte o de respeto
entre los asistentes.*

Han venido

*casi todos los viejos compañeros
de versos y parrandas.*

Alexandre

*—de pie para mostrar que está más joven
que antes—,*

*Guillén —con su ventana
y su luz malagueña—,*

Diego —asido

a su propia figura como yedra—, Laffón,

*Dámaso, Sierra, Prados,
Cernuda, Altolaguirre,
Bergamín...*

*y el fotógrafo
que el año veintisiete
obtuviera la oscura
fotografía
de la inmortalidad.*

También Alberti

*---estaba allí sin su corte
aduladora—, frente
al anciano poeta,
vive el tierno homenaje
con cierta envidia.*

Y,

*de pronto,
la descarga cerrada del aplauso
y el fogonazo intenso de las cámaras
sobresaltan al viejo Federico
que mira a todos como si soñara.*

Joaquín Márquez

Federico

*Barranco de Vixnar. Despavorida
luna de agosto. Estrellas que se espantan
como caballos cuando ven palomas
ciegas, acribilladas en la noche,
y estremecen los ecos de los ecos
las últimas almenas de la nieve.
Pero algo queda en pie. La trayectoria
de la muerte se abisma, flecha inmóvil,
y hay algo a lo que nunca alcanza el plomo.
Así, sobre esa sangre, queda incólume
un laurel encendido, una vía láctea
de clamores, un cisne irrepetible,
una piedra de amor para memoria
de un escarnio. Y más, queda un viviente
que aún ama, canta, ríe. Una escritura
recorrida por sombras de palomas
heridas que de algún modo nos salvan.
¡Devuélvenos, Granada, la esperanza!
Quedan tus cumbres de blancor perenne
sobre la sordidez de tus barrancos.*